UN SERMÓN LIBERAL EN LA CÓRDOBA DEL TRIENIO (1820)

POR

JOSÉ GARCÍA-CUEVAS VENTURA

Universidad de Córdoba

RESUMEN

La reimplantación del sistema liberal en 1820 desató el entusiasmo de algunos miembros del clero español. En aquella época, además, la oratoria sagrada era uno de los principales elementos configuradores de la opinión pública. Como ejemplo, en las siguientes páginas, clasificamos y transcribimos el sermón pronunciado por José Garrido y Portilla, canónigo magistral de la catedral de Córdoba, el día 21 de julio de aquel mismo año, con motivo del juramento real de la Constitución.

ABSTRACT

In 1820, the re-establishment of the liberal system rouses the enthusiasm of some members of the spanish clergy. At that time, the sacred oratory was an important element in order to shape public opinion, too. In the following pages, for example, we classify and transcribe the sermon pronounced by José Garrido y Portilla, magisterial canon of Córdoba's cathedral, on July 21st of that same year, owing to royal oath of the Constitution.

INTRODUCCIÓN

En 1820 se inauguraba una época "nueva". Como el conjunto de la sociedad hispana, el *ordo clericalis* mostró variadas actitudes ante el cambio de

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

régimen¹. Aunque la mayoría de sus componentes se mantuviera entre el recelo y la expectación, seguía habiendo en su seno dos minorías opuestas: liberales y absolutistas, cuyos antagonismos, tras el fuerte impacto de las reformas, acabarían exacerbándose aún más². En ciertos miembros del clero secular, pertenecientes, sobre todo, a los niveles secundarios de la élite eclesiástica, la reimplantación del sistema liberal desató entusiasmos no disimulados.

Sabido es, por otro lado, cómo, debido a la alta tasa de analfabetismo, los medios de comunicación orales fueron durante la pasada centuria el fundamento de la opinión pública. Particularmente, en sus primeros tramos, la clase sacerdotal figuró como su principal forjadora, debido —tal vez sea ocioso advertirlo— a su decisivo ascendiente. Fue, pues, el sermón uno de sus elementos configuradores. No en vano, penetrados de su importancia, los nuevos gobernantes se empeñaron en asegurar la propaganda constitucional desde el púlpito, ya que —insistamos en ello— la oratoria sagrada era, por aquellas calendas, el único medio de ilustración y convicción para la masa popular. En demasiadas ocasiones, los ambores se transformaron en tribunas políticas, hasta el punto de que con el concepto “discurso” se designaron algunas oraciones, como la publicada en 1820 por la cordobesa Imprensa Nacional, y que ahora reclama nuestra atención³. Recientes trabajos, entre los que sobresalen los de Gérard Dufour, permiten una mejor comprensión del fenómeno durante el Trienio Liberal⁴.

Aunque la referida plática fuese editada, la dificultosa localización de esta clase de documentos, pertenecientes, para los realistas que se empeñaron en demostrar la incompatibilidad del sistema constitucional con el catolicismo, a

¹ Sobre la Iglesia durante el Trienio, véanse, en especial, los sólidos trabajos de REVUELTA GONZÁLEZ, M., *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. Trienio constitucional*, Madrid 1973, y CUENCA TORIBIO, J. M., “La Iglesia española en el trienio constitucional (1820-1823). Notas para su estudio”, en *Hispania Sacra* (Barcelona-Madrid) 18 (1965), 333-362, obligados referentes en estas líneas.

² Un penetrante análisis de las divergencias en el plano externo e interno, nos lo ofrece REVUELTA GONZÁLEZ, M., “Discrepancias de liberales y absolutistas en la configuración de la Iglesia”, en *Aproximación a la historia social de la Iglesia española contemporánea. (II Semana de historia eclesiástica de España Contemporánea)*, El Escorial 1978, 11-44. Sobre la división ideológica en la archidiócesis toledana durante el Trienio, vd. HIGUERUELA, L., *El clero de Toledo de 1800 a 1823*, Madrid 1979, pp. 103-137.

³ El taller era propiedad de don Rafael García Rodríguez y Cuenca, impresor de las tropas napoleónicas durante la ocupación francesa, y padre de don Fausto García Tena, fundador del *Diario de Córdoba*. Usó el título de *Imprenta Real*, excepto en los años 1820-23, en que, ajustándose al vocabulario político del momento, la llamó *Nacional*, VALDENEBRO Y CISNEROS, J. M. DE, *La imprenta en Córdoba. Ensayo bibliográfico*, Madrid 1990, p. XXVIII.

⁴ Véase la antología: *Sermones revolucionarios del Trienio Liberal (1820-1823)*, estudio preliminar y presentación de Gérard DUFOUR, Alicante 1991.

la literatura heterodoxa de los tres “mal llamados años”, y el feliz hallazgo de un ejemplar en la Biblioteca Colombina (Sevilla), nos indujeron a su publicación⁵. En la clasificación del texto que precede a su transcripción, hemos pretendido armonizar el necesario rigor científico con la claridad expositiva.

1. EL AUTOR

José María Garrido y Portilla, su artífice, nació el 6 de febrero de 1763 en la villa campuesa de La Rambla (Córdoba), en el seno de una familia acaudalada y preeminente: su padre era abogado de los Reales Consejos. Cursó sus estudios en el Seminario Conciliar de San Pelagio Mártir, de la capital cordobesa, doctorándose más tarde en Teología por la Universidad de Orihuela, como tantos otros tonsurados oriundos del sur peninsular⁶. Concluida su formación académica, fue nombrado catedrático de dicha disciplina en el mismo centro docente donde había sido colegial. Por aquellas fechas, según parece, opositó también a varios canonicatos de oficio.

El obispo don Agustín de Ayesterán y Landa le conoció personalmente con motivo de una visita pastoral a Bujalance, donde nuestro biografiado era vicario. El prelado, apercibido, sin duda, de su valía, le eligió como director espiritual, razón por la cual hubo de trasladar su residencia a la capital. Su poderoso valedor le colocó como rector del Seminario en 1802, agraciándole además, en junio del año entrante, con media ración en la catedral, prebenda que alcanzaría por provisión simultánea, a la edad de cuarenta años⁷. Desde entonces se

⁵ *Discurso pronunciado en la Iglesia del Convento de San Francisco de esta Ciudad de Córdoba, el día 21 de Julio de 1820. Por el Doctor Don José Garrido y Portilla, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia, en la función de acción de gracias, que hizo el Regimiento de Caballería de Santiago para celebrar la memoria del Juramento solemne de la Constitución de la Monarquía, hecho en el salón de Cortes por S. M. el Rey de España, a presencia del Soberano Congreso de la Nación, el día 9 de este mes y año, Córdoba 1820, 24 pp. Biblioteca Capitular, sign. 28-9-13 (19). Vid. VALDENEBRO Y CISNEROS, J. M. DE, *La imprenta en Córdoba*, o.c., pp. 409-410 (n.º 947). (Curiosamente, Rafael RAMÍREZ DE ARELLANO no se hace eco ni del sermón ni tampoco de su autor, en su exhaustivo catálogo biográfico de escritores cordobeses.)*

⁶ Cf. GARCÍA-CUEVAS VENTURA, J., “Manuel Giménez Hoyo: un prebendado cordobés absolutista en la crisis del Antiguo Régimen”, en *Anuario Jurídico y Económico Escorialense* (San Lorenzo de El Escorial) XXIX (1996), 1079-1092.

⁷ Archivo del Seminario de Córdoba, *Colegio de San Pelagio. Año de 1802 a 1803*, t. 3, leg. 224, f. 81, Archivo de la Catedral de Córdoba (ACC.), *Actas Capitulares*. Cabildo de canónigos con Parte, 23 de junio de 1803, t. 96, s.f., y *Expedientes de Limpieza de Sangre*, leg. 5072, 544 bis. Tales datos deben relacionarse con los rasgos del perfil sociológico de los capitulares. Véase, al respecto, GARCÍA-CUEVAS VENTURA, J., *El Cabildo catedralicio cordobés desde la Revolución a la Restauración (1788-1882)*, Córdoba 1996, pp. 59-69.

ocupó de la predicación, logrando general aplauso por sus dotes oratorias, de las que ofrecemos un botón de muestra.

En octubre de 1810, durante la dominación francesa, se le concedió una ración entera, de la que más tarde fue desposeído, habiendo decretado las Cortes la nulidad de estos nombramientos. La Regencia le rehabilitaría, no obstante, en 1813, permitiendo que siguiese en posesión de su anterior pieza. Trabajó siempre en los asuntos que la corporación catedralicia tuvo a bien encomendarle, desempeñando diputaciones, comisiones y evacuando informes con bastante acierto, granjeándose por ello la admiración de casi todos sus compañeros. Habiéndose presentado al concurso para ocupar la magistralía vacante en el mismo templo matriz, la elección recayó sobre él en marzo de 1816⁸. Todo apunta a que, hasta el fin de sus días, cumplió con pulcritud las obligaciones de su ministerio. Fue, al decir de sus contemporáneos, bondadoso y solícito ante las necesidades ajenas⁹. Tras padecer una penosa enfermedad, moriría el 15 de julio de 1843, dejando un importante caudal a sus herederos.

2. EL CONTEXTO

El capítulo catedralicio cordobés no se decantó abiertamente por ninguna de las opciones ideológicas en liza durante la crisis del Antiguo Régimen, presentando en su composición claras muestras de la división intraeclesial, trasunto, como puede suponerse, de la confrontación existente en la sociedad civil. En concreto, frente a sus rivales, el heterogéneo grupo de prebendados simpatizantes del liberalismo —aunque minoritario, no tan excepcional como después se pretendió— tuvo mayor altura intelectual, confirmada por el rango superior de sus titulaciones académicas y por los testimonios coetáneos que, invariablemente, subrayan sus óptimas facultades y aptitudes. A despecho de tal exigüidad numérica, podemos considerarla como la ideología dominante en aquel microcosmos, ateniéndonos al poder real de sus más resueltos adalides, entre los que se contaba el magistral Garrido Portilla¹⁰. Es necesario, desde

⁸ ACC. *Actas Capitulares*. Cabildo de canónigos con Parte, 9 de marzo de 1816, t. 103, s.f.

⁹ POZO, J. L. DEL, *Rasgos biográficos y fisionómicos*, s.d., s.p. Archivo Municipal de Córdoba – AMCO– (mecanografiado).

¹⁰ “Entre 1820 y 1823, todo un sector de la Iglesia española se pronunció a favor del liberalismo y, en varios casos, del liberalismo exaltado. Y no admitirlo (por cualquier motivo que sea) es falsear la realidad histórica”, afirma G. DUFOUR en *Sermones revolucionarios*, o.c., p. 45. En cualquier caso, es muy convincente el siguiente esquema, que sugiere la existencia de dos sectores en la clerecía: “Uno, abrumadoramente mayoritario, que no tomó partido sino en muy contadas ocasiones y esto siempre de manera y forma contrariada; otro, activista, militante, testimonial, que defendió a veces con fanatismo la bondad de sus contrapuestas opciones para el mejor y más venturoso porvenir de

luego, distinguir las divisiones internas de la opinión liberal, aunque las diferencias entre moderados y exaltados fuesen, sobre todo, tácticas¹¹.

La primera etapa del Trienio estuvo marcada por el parcial restablecimiento de la legalidad constitucional. Reseñemos, pues, los hechos más significativos, tocantes a nuestros propósitos, registrados en la ciudad cordobesa durante dicha fase.

El 7 de marzo de 1820, entre la sorpresa y la admiración del vecindario, penetró en la capital la pequeña y malparada columna de Riego, que continuaría después su marcha en dirección a la sierra¹². El lunes 13, antes de recibir las noticias que se esperaban de Madrid, fue proclamada la Carta Magna, y se instaló una junta, llamada Superior Provincial, garante de la orden. En representación del clero, Garrido formó parte de ella¹³. Dicha reunión, por medio de un bando, acordó la publicación del Código gaditano. El día 18 se formó, asimismo, el Ayuntamiento Constitucional. El Cabildo catedralicio secundaría sus sugerencias sin muestra aparente de disenso, limitándose a aceptar los hechos consumados. El 24, con gran pompa y manificencia, fue colocada la lápida de la Constitución en la Plaza Mayor y se cantó un tedéum en la catedral. Hubo, además, repiques e iluminaciones. La capilla de música amenizó, incluso, unas veladas que tuvieron por marco el propio consistorio. Al día siguiente se verificaba el juramento por parroquias.

El 5 de abril, el hábil y acomodaticio obispo de la diócesis, don Pedro Antonio Trevilla, junto a su senado, acataron la Ley fundamental, concluyendo tan solemne acto con una misa¹⁴. Los prebendados supieron aprovechar ésta y

España", CUENCA TORIBIO, J. M., *Estudios sobre la Iglesia andaluza moderna y contemporánea*, Córdoba 1980, p. 135.

¹¹ Cf. DUFOUR, G., *Un liberal exaltado en Segovia: el canónigo Santiago Sedeño y Pastor (1769-1823)*, Valladolid 1989. GIL NOVALES, A., *Textos exaltados del trienio liberal*, Madrid 1978.

¹² Véase la descripción entusiasta de los acontecimientos, contenida en un impreso anónimo, fechado el 30 de marzo, y titulado: *Córdoba Constitucional. Noticia breve de lo ejecutado en ella para el restablecimiento de la Constitución*, Córdoba 1820 (AMCO). Como complemento, RAMÍREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M., *Anales de la Ciudad de Córdoba. Desde el siglo XIII y año de 1236 en que fue conquistada por el Santo Rey don Fernando III, hasta el de 1850*, Córdoba 1948, pp. 236-242.

¹³ En su defecto, fue designado don Juan Ramón de Ubillos y Ayesterán, arcediano de Pedroche. Sin embargo, como representante de las órdenes religiosas asistió fray José de Jesús Muñoz Capilla, erudito agustino, ex prior del convento de San Agustín (Córdoba) y definidor de su provincia, electo en 1822 para la sede episcopal salmantina, que no llegó a ocupar. Vid. TERUEL GREGORIO DE TEJADA, M., *Obispos liberales. La utopía de un proyecto (1820-1823)*, Lleida 1996.

¹⁴ En 1821, Trevilla publicaría una carta pastoral, amonestando al fiel cumplimiento de la Carta Magna. El 14 de agosto de 1822, durante su visita a la villa de Fuenteobejuna, pergeñó, asimismo, un resumen de la Constitución Política de la Monarquía Española, para ilustrar a los ciudadanos con motivo de las elecciones a Cortes. En sus consideraciones conclusivas apuntaba: "... después de saber lo que contiene la Constitución, y lo que dicta la Religión, no podrá ya suscitarse duda sobre su con-

otras ocasiones para mitigar las graves imputaciones sobre su anterior compromiso con el absolutismo, aquistándose, a un tiempo, la confianza de los nuevos gobernantes. Más adelante, en el mes de mayo, se efectuó la elección de diputados a Cortes. Sin embargo, esa actitud conciliadora de la jerarquía eclesiástica diocesana no fue capaz de disimular la disconformidad de algunos de sus integrantes, como ejemplifica el polémico discurso del deán, Pedro de Aznar, ante la junta electoral de partido. En julio se oficiaría, en fin, una ceremonia por la instalación de la Cámara.

Por lo que nos atañe, indiquemos que el coronel don Simón Manso, primer jefe de la plana mayor del Regimiento de Caballería de Santiago, convidó al Cabildo para la función de acción de gracias que la referida unidad militar iba a celebrar con motivo de la jura real, efectuada en la inauguración de las sesiones del aludido cuerpo colegislador¹⁵. La celebración iba a tener por marco la iglesia de San Francisco, perteneciente al importante convento franciscano de San Pedro el Real, con cuya comunidad, por cierto, la corporación catedralicia había establecido antaño un estatuto de hermandad.

Advirtamos, además, que, con el cambio de régimen, los liberales erigieron en algunos lugares de la geografía hispana asociaciones que, bajo la denominación de Sociedades Patrióticas, pretendieron convertirse en palestras de su ideario, abiertas a la discusión y forjadoras de una opinión pública¹⁶. Conforme a todos los indicios, en la ciudad de Córdoba quedó establecida en el mes de abril de 1820, con el título de *Asociación del bien público*, destinada, entre otros objetos, a consolidar el sistema constitucional. Mantuvo un estrecho lazo con la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, y se distinguió durante toda su existencia, al decir de un lúcido testigo, por su "inocencia"¹⁷.

formidad con ella so pena de renunciar al uso de la razón, no escuchar la experiencia, no consultar la historia, malograr los desengaños de los mayores y de impedir que los escarmientos de lo pasado ilustren para lo futuro", *Pedro Antonio de Trevilla, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica. Obispo de Córdoba, del Consejo de S.M. A todos los fieles de mi Diócesis*, Córdoba 1822, p. 39.

¹⁵ En el mes de marzo anterior, el Regimiento de Caballería de Santiago, que estaba en Córdoba, compuesto casi enteramente por soldados desmontados, junto a una porción de tropa, salió de la ciudad, dirigiéndose a la ribera izquierda del Guadalquivir, con la intención –aparente– de oponerse a la entrada de la columna de Riego. Pero al acercarse la expedición por el camino de Montilla, la unidad tomó el de Écija. Días más tarde, parte del Regimiento asistió a la procesión cívica organizada al promulgarse la Constitución.

¹⁶ Véase el completo estudio de GIL NOVALES, A., *Las Sociedades Patrióticas (1820-1823). Las libertades de expresión y de reunión en los orígenes de los partidos políticos*, Madrid 1975, I, en especial, pp. 5-15.

¹⁷ ALCALÁ GALIANO, A., *Recuerdos de un anciano*, Madrid 1955, BAE. t. LXXXIII, p. 164. Sobre la agrupación cordobesa, vid. GIL NOVALES, A., *Las Sociedades Patrióticas*, o.c., I, pp. 477-480.

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

Garrido Portilla destacó, según parece, por sus asiduas y meritorias intervenciones¹⁸.

Pero desde los inicios de 1823, la oposición capitular al régimen debió ser menos disimulada, pues eran ya patentes los signos de su descomposición. Resulta muy significativo que las diligencias para encontrar un individuo que se hiciese cargo del sermón “en el que se hará mérito del aniversario de la Constitución”, fuesen entonces infructuosas. Ni siquiera supuso un incentivo la gratificación de cien mil reales para el orador. Finalmente, el magistral, a fin de cuentas, el predicador propio del Cabildo, escuchando los ruegos de sus compañeros, que trataban por todos los medios de eludir un incómodo compromiso, aceptó el embolado.

Aunque, en su conjunto, la entidad corporativa no atizó los sentimientos cainitas ni se embriagó con la rebancha, el hecho señero en la representación colectiva de la década absolutista, sobre todo en sus tramos iniciales, es la implacable depuración de los elementos disidentes. Pese a lo confuso de algunas providencias, la represión organizada desde las más altas magistraturas del Estado entre 1823 y 1824, lo confirma. La actividad represora también contó con ardorosos intérpretes dentro de la catedral. En este ámbito, sin embargo, la puesta en práctica de tales criterios selectivos incidió exclusivamente sobre el clero auxiliar y el personal empleado, en su mayoría, ex milicianos, sin que hayamos encontrado ninguna prueba documental que atestigüe la purificación del ocupante de la magistralía¹⁹. No se demoraron, empero, los roces del flamante canónigo y prior de la Vereda, Fernando Gerónimo Hermoso, con sus compañeros, en especial con aquéllos que alcanzaron cierto protagonismo en la etapa anterior. En la siembra de desazones contó, al parecer, con la siniestra cooperación del medio racionero Bartolomé Vivar Romero, de parejas inquietudes. En efecto, aunque del celo de este último no se hizo aprecio, en octubre de 1824, el prior recriminó con vehemencia la conducta política del magistral, tildado, con adjetivación reaccionaria, de “criminal afrancesado y liberal revolucionario”. Solicitó, entre otras cosas, que se le relevase de sus responsabilidades, vedándosele, al igual que a otros dos significados correligionarios, la entrada en el coro y en el cabildo. Al censurar la actividad desplegada por Garrido durante el Trienio, señaló con descomedimiento:

¹⁸ MARAVER Y ALFARO, L., *Historia de Córdoba (siglo XIX, 1)*, (Córdoba), s.d., s.p. (Ms. AMCO), y RAMÍREZ DE ARELLANO, T., *Paseos por Córdoba, o sean apuntes para su historia*, 4.^a ed., Córdoba-León 1981, p. 392.

¹⁹ Sobre la depuración de los cuadros eclesiásticos de Medina-Sidonia en 1823, véase CUENCA TORIBIO, J. M., *Estudios sobre la Iglesia andaluza*, o.c., pp. 141-151.

Tengo el sermón sedicioso, subversivo, capcioso y antirreligioso que predicó al regimiento de Santiago el día 21 de julio del mismo año (1820), en el Convento de San Francisco, y todo él es contrario a los sagrados derechos del Trono y Altar, que ofende hasta los libros sagrados; cuyos textos, destinados para establecer sobre ellos la grandeza de Dios, los aplica en otro sermón, dando elogio a una inmunda piedra: en él sienta, entre otras cosas, la blasfema proposición de que a Dios agradan las rebeliones...²⁰

El canónigo magistral llegó a solicitar licencia para entablar un pleito de injurias, aunque la institución religiosa, fiel a su ordenamiento jurídico, intentara preservar la armonía entre sus miembros, proponiendo la conciliación. La falta de tipificación de su “delito”, planteada la cuestión desde un punto de vista estrictamente canónico, el desenlace de las desavenencias ocurridas por aquellas fechas en el mismo seno capitular, el repudio a los altercados, el redoblado acatamiento a las disposiciones de la superioridad —civil y eclesiástica— y la filiación ideológica de los principales miembros del organigrama jerárquico diocesano son factores de indudable peso, que pueden explicar la falta de aceptación a las referidas proposiciones, que el inculcado no sufriera, en fin, las penas comunes a cuantos eclesiásticos habían manifestado su entusiasmo por el sistema liberal, olvidándose el pasado de un canónigo que supo “marchar francamente por la senda constitucional”.

3. EL TEXTO

No fue, desde luego, crecido el número de oradores de renombre que ocuparon la cátedra del Espíritu Santo en tierras cordobesas durante el XIX, pero el reducido elenco quedó engrosado, no obstante, por una significativa porción de individuos pertenecientes al grupo catedralicio, entre los que figuró nuestro personaje²¹.

En cuanto a sus caracteres formales, prescindiendo, claro es, de las peculiaridades introducidas en el resalte de su particular objeto, la plática de Garrido Portilla se ajusta a la vertebración típica de las predicaciones coetáneas²². Consta de una introducción y de dos partes, aunque con desigual extensión y

²⁰ ACC. *Actas Capitulares*. Cabildo pleno, 6 de octubre de 1824, t. 107, f. 125. Los sucesos acaecidos con ocasión de tales reclamaciones se enconaron sobremanera. Puede encontrarse una abundante documentación alusiva en el Archivo Histórico Nacional. *Consejos. Patronato de Castilla*, leg. 15515 y 15787, s.f.

²¹ Véase RAMÍREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M., *Biografía y memorias especialmente literarias*, Córdoba 1977, p. 31 (n. 14), y MONTIS ROMERO, R. DE, *Notas cordobesas. (Recuerdos del pasado)*, Córdoba 1989, t. IV, en especial, pp. 195-197.

²² Cfr. *Sermones revolucionarios*, o.c., pp. 59-211.

entidad. Clásico es, por lo demás, el paralelismo establecido, como hilo argumental, entre las narraciones de los libros históricos veterotestamentarios y la situación sociopolítica contemporánea.

La idea medular, apuntada ya en sus preliminares y reiterada a lo largo del discurso, es que las leyes fundamentales sirven de sólido muro de contención contra la arbitrariedad y el despotismo. En la primera parte, el orador abunda en consideraciones generales, de reminiscencia roussoniana, aunque, desde luego, no en sentido estricto, sobre los principios del Derecho Político. Intenta persuadir a la concurrencia sobre la licitud del juramento constitucional, con el que, a su parecer, se han restablecido los derechos tradicionales, inalienables, garantes de la encomiada libertad civil —auténtico leitmotiv—, que se afianza sobre las leyes. Éstas se oponen a un poder absoluto, que fácilmente degenera, causando las revoluciones. A su juicio, la sociedad se cimenta sobre pactos contractuales, que implican el aunamiento de voluntades, y del que resulta el cuerpo político del Estado. Manifiesta es, además, su intención de rebatir las imputaciones sobre el supuesto antimonarquismo de tal proceder. En definitiva, los conceptos esenciales y fines últimos de su argumentación pertenecen al universo ilustrado: libertad, utilidad, bien común, felicidad, etc.

Descendiendo a la experiencia hispana en su decurso histórico, resalta las lacras del sistema político y social absoluto, su misma decadencia, debida, como no podía ser de otra forma, al olvido de las susodichas leyes, recogidas en la Constitución. Con tales proposiciones, es lógico que ensalce la labor de los doceañistas, sin que falte la obligada alusión al célebre artículo 12 (para desvanecer, de paso, otra supuesta incompatibilidad), y el repudio al sexenio de plena soberanía real. En la segunda parte, abundando en los planteamientos anteriores y como lógica derivación de todos ellos, defenderá con un claro y nada sorprendente providencialismo, la justicia del hacimiento de gracias al Todopoderoso.

Sólo nos resta advertir que, para la mayor comprensión y cercanía del texto, hemos desdeñado los criterios paleográficos, pronunciándonos por una transcripción sencilla, con regularización ortográfica. Pasemos sin más demora a su lectura. La figura de don José María ya se distingue bajo el tornavoz...

* * *

In dedicatione autem muri Jerusalem, requisierunt Levitas de omnibus locis suis, ut adducerent eos in Jerusalem, et facerent dedicationem et laetitiam in actione gratiarum, et cantico, et in cimbali, psalteriis et citharis. Ex lib. 2º Esdrae cap. 12. V. 27.

Mas en la dedicación del muro de Jerusalén, buscaron a los Levitas de todos sus lugares, para hacerlos venir a Jerusalén, y celebrar la dedicación y la festividad con acción de gracias y cánticos, y con címbalos, salterios y cítaras. Del libro 2.º de Esdras, cap. 12. V. 27.

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

SEÑOR:

Destruídos los muros de Jerusalén, lloraba Nehemías, cautivo en Babilonia, la aflicción de su pueblo y el desastre de la Ciudad sepulcro de sus padres; y levantando sus manos a el Señor, aplacó su ira, y este Dios puso en el corazón de Artajerjes, diese libertad a su cautivo, para que pasase a Jerusalén, y reedificase los muros que servían de defensa a sus habitantes. Parte Nehemías gozoso con la orden del Rey, y es tanta la oposición que encuentra, que para reedificarlos era necesario que los trabajadores edificasen con una mano, y tuviesen la espada en la otra para defender la obra. Pero concluida por su constancia y valor; viendo Nehemías fortalecida la Ciudad contra los ataques de los que la aborrecían, reunió a los buenos Ciudadanos, y de común acuerdo enviaron por los Levitas Ministros del Señor a los lugares donde se hallaban, para celebrar la conclusión de esta obra con acción de gracias y cánticos, y con címbalos, salterios y cítaras.

La aplicación de este hecho a las circunstancias del día es muy natural. Destruídas, olvidadas y aun envilecidas las leyes fundamentales de la ínclita España, que le habían servido de muro contra la arbitrariedad y el despotismo, lloraba ésta su desastre y se sentía vivamente agitada para buscar remedio a su mal, que tocaba ya en el colmo. Entonces agradó a el Dios del Cielo poner en el corazón de sus hijos más ilustrados, restablecer estas leyes, y levantar este dique contra el torrente de males que la oprimían; y lo hicieron con tanta constancia y valor, que levantaban con una mano el augusto muro de su libertad, y tenían la espada en la otra para defenderlo. Concluida felizmente esta obra, y acabada entre el ruido de las armas y el estruendo del cañón enemigo, se dejó ver brillante y luminosa, y reanimó la esperanza de los que la habían formado, y de cuantos gemían bajo el yugo de la arbitrariedad. Pero una mano mal dirigida, apenas naciente, la precipitó en el sepulcro, aunque no la esperanza de los que la habían formado. Así sucedió, dirigido todo por una providencia especial, que a su tiempo la había de levantar más gloriosa, sólida y robusta.

En efecto; desengañada la Nación por la experiencia de los males que se aumentaban; depuestas sus preocupaciones en favor de las causas ocasionales de su decadencia, que lo eran también de los males que sufría; ilustrado su Príncipe, y convencido de la utilidad y necesidad de estas leyes, para afianzar sobre ellas el edificio de un gobierno sabio y justo, que estrechando los lazos del amor entre la Nación y su Príncipe, hiciesen la felicidad de ambos, las sancionaron solemnemente, la juraron, y se escudaron con ellas. Hecho memorable que formará época en los anales del mundo, y que la fama ha llevado en pocos días hasta más allá de los confines de la Europa: ejemplo de constancia y de firmeza, que emularán otras Naciones, y que dirá a la generación futura: allí se afianzaron tus derechos: allí se consolidó tu libertad civil. Bien general para toda la Nación, y por el que son debidas las gracias a Dios, autor de todo bien. Pero para que éstas le sean agradables, deben nacer de los sentimientos puros de un corazón agradecido; y estos sentimientos jamás existirán en el corazón, si antes no existe en el alma un convencimiento de que la Nación y el Rey, jurando la Constitución, en que están consignadas las Leyes Fundamentales del Estado, han hecho una cosa buena y justa y de una utilidad común sin ofensa de otro. Sin este convencimiento no está el pueblo en estado de celebrarlo con acción de gracias, con cánticos, himnos e instrumentos músicos. Por tanto, en la primera parte de este discurso, haré ver: que jurando la Constitución no hemos hecho otra cosa que restablecer nuestros antiguos e

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

incontestables derechos, reedificando el muro, casi roto y destrozado, que aseguró la libertad civil de nuestros padres, y debe asegurar la nuestra, sin ofender al Rey, a la Nación ni a otro pueblo alguno de la tierra. Y en la segunda parte, que es una consecuencia de la primera, diré cuán justo es que demos a Dios gracias, y loaré la conducta del distinguido cuerpo militar, que las dirige a el Señor por medio de su Titular y Patrono, que lo es también de España, el glorioso Apóstol de Cristo, Santiago.

Ojalá acierte a desempeñar asunto tan arduo y delicado sin ofender a Dios, a el Rey ni a la Nación. Pidamos para esto el auxilio de el Cielo por la intercesión de la Patrona de las Españas, María Santísima, en el augusto misterio de su inmaculada Concepción. *Ave María.*

PRIMERA PARTE

Para convencer a el pueblo, que la Nación Española y su digno e ilustrado Monarca, jurando la Constitución y sancionando las leyes fundamentales de la Monarquía, han hecho una cosa buena y justa y de una utilidad común sin ofensa de otro, es necesario tomar el hilo desde el nacimiento de las sociedades, y discurrir sobre los derechos inalienables de un pueblo libre en la erección de la autoridad suprema, cual le conviene para asegurar su felicidad, único objeto de sus deseos.

La sociedad primitiva y originaria que la naturaleza estableció entre los hombres fue de igualdad e independencia (salva la autoridad paterna) apoyada sobre las leyes de la naturaleza perfectísimas y propias para proveer a la conservación y dicha del género humano, que si las hubiera observado, nada le habría faltado para su felicidad, ni hubiera sido necesario establecer un poder soberano sobre la tierra. Pero la vivacidad de sus pasiones debilitó la fuerza de estas leyes, y ya no fueron un freno bastante fuerte par contener a el hombre débil y dominado por ellas. Conocieron todos que era necesario para su dicha y tranquilidad renunciar en parte a su independencia personal, y establecieron un Juez común, reconocido por tal, que terminase en último recurso sus diferencias, haciendo ejecutar las leyes y castigando con autoridad sus transgresiones. La necesidad les obligó a salir de el estado de independencia personal, y a buscar un remedio contra los males que ella les causaba: y este remedio lo hallaron en el establecimiento de la sociedad civil, y erección de una autoridad soberana, que tuviese el derecho de reducirlos a la observancia de las leyes, reprimir sus caprichos y sus pasiones, y conducirlos a su fin; pero sin perjudicar a su libertad, de que siempre fueron tan celosos los hombres, aunque muchas veces la equivocaron con el libertinaje y desenfreno, porque no formaron una idea justa de ella.

La idea de libertad en el estado primitivo y originario llevaba consigo la de la sujeción a las leyes de la naturaleza, que señalando los medios de tocar el fin a que el hombre estaba destinado, le coartaban a obrar conforme a ellas, y en esto consistía su perfección. Así también la libertad civil, que sucedió a ésta por el establecimiento de la sociedad y de la soberanía, lleva consigo la sujeción a las leyes del Estado, y su perfección consiste en reglarse sobre ellas. Lo he dicho para manifestar, que en el establecimiento de la sociedad no perdió el hombre su libertad, sino que la afianzó sobre las leyes. Porque siendo un ser inteligente y libre, que conoce su estado y su fin, y puede elegir los medios de llegar a él,

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

estableciendo una autoridad soberana, sólo llevó sus miras y sus deseos a que ésta lo redujese a la observancia de las leyes de la naturaleza, y lo conservase en el estado más conforme a su constitución, a su razón, a el buen uso de sus facultades y dirección a su último fin; y se reservó siempre el derecho de exigir del Soberano que había elegido, que usase de su autoridad conforme a los fines para que le había sido dada; correspondiendo él por su parte con una obediencia ilustrada y prudente: porque todo esto estaba convenido y pactado, y sin estos pactos y convenciones no pudo establecerse la sociedad, ni durar sin su observancia por una y otra parte contratante.

Para hacer estos convenios fue necesario reunir para siempre las voluntades de todos los que debían componer la sociedad, de tal suerte, que en adelante no quisiesen más que una sola y misma cosa en todo lo que dice respecto a su fin, que es la utilidad común, y establecer un poder superior, sostenido por las fuerzas de todo el cuerpo, para intimidar a los que quisiesen turbar la paz, y hacer sufrir un mal presente y sensible a el que osase obrar contra esta utilidad. De esta unión de voluntades y fuerzas resulta el cuerpo político del Estado, y sin esto no se puede concebir sociedad civil robusta y animada, ni un bien común, que siendo de todos, corresponda en su totalidad a cada uno en particular. Obligándose cada uno a no hacer uso de sus fuerzas, sino del modo que prescribe aquél, a quien han dado de común acuerdo la dirección soberana, cada uno tiene, para proteger su libertad y promover su dicha, la garantía de la fuerza de todos, y ésta le asegura el goce tranquilo de sus propiedades, tanto naturales como adquiridas: de suerte, que si el Estado se compone de doce millones de hombres, cada uno asegura su tranquilidad en la fuerza reunida de todos ellos. Todo es obra de los hombres; pero como lo ejecutaban según el dictamen de una razón recta e ilustrada, Dios aprobó su obra y la sancionó; y desde entonces el que resiste a la potestad, resiste a la orden de Dios.

Siguiendo estos pasos y por su orden, la España, pueblo libre e independiente, formó en su seno muchas sociedades civiles, a que daba motivo su localidad y otras circunstancias; pero celoso siempre de su libertad, la puso a salvo en las convenciones y pactos que sancionó con aquellos a quienes confió la soberanía. El pueblo de Aragón prestaba a su Reyes el juramento de fidelidad en estos términos: nosotros, que valemos tanto como Tú, te hacemos nuestro Rey, a condición de que Tú guardarás y observarás nuestros privilegios y nuestras libertades, y no de otra suerte. Así sucedía en los demás pueblos que dividían la España. Se reunió toda en una sola sociedad, y formó un solo pueblo; pero no olvidó las leyes, o bien sean pactos y convenciones, garantes de su libertad: limitó la autoridad soberana, para que la persona a quien la confiaba, no pudiese dañarle, y sólo pudiese y debiese promover su felicidad, y atender al bien común de su pueblo. Leed el discurso preliminar de la comisión de Constitución, leído a el soberano Congreso a el presentar el proyecto de ella, y conoceréis en toda su extensión esta verdad de hecho; y conoceréis también, que el pueblo español, haciéndolo así, usaba de su derecho sin perjudicar otro, aseguraba su libertad, y de ninguna manera degradaba la autoridad soberana de sus Reyes, o atentaba contra los derechos natos e inviolables de la soberanía, que no pueden tener otro objeto que la conservación del pueblo y el bien común de ambas partes contratantes. Por estas convenciones y pactos solemnemente sancionados, impiden los pueblos que los Reyes abusen del poder soberano; pero les aseguran la ventaja de contar para sus resoluciones con las luces todas del Estado reunidas en las de sus Representantes, y los ponen a cubierto de la terrible

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

vengeanza que alguna vez medita un pueblo oprimido contra un poder arbitrario. Porque la experiencia ha demostrado, que un poder absoluto degenera fácilmente en el despotismo, y éste da lugar a grandes revoluciones siempre funestas para el pueblo y para sus Reyes; y a éstos les ha enseñado, que es una grande dicha suya no poder hacer cosa alguna contra las leyes fundamentales de su país.

Tal fue la conducta de España en el tiempo de nuestros padres. Así aseguró sus derechos, y gozó de su libertad. Pero la prepotencia de sus Reyes; la desidia de este mismo pueblo, que en el tiempo que abundaba en oro y plata, no cuidó más que de satisfacer a su lujo, y olvidó lo que más le convenía; la ambición de los Ministros y favoritos de los Reyes, que se valieron de esta apatía para devorar su substancia; para formarse grandes capitales empobreciendo la Nación; para aniquilar los mejores establecimientos de humanidad, beneficencia e instrucción pública; y para cargar a la Nación con una deuda inmensa que ellos debían pagar: las vejaciones continuas y el terror que difundieron en todo el cuerpo del Estado, para que no reflejase sobre sus males, redujeron a este pueblo, antes tan temido y glorioso, y digno de una suerte más feliz, a ser de el primero que quisiese ocuparlo. A este estado nos redujo nuestra indolencia; y así hubiera sucedido, si en algunos no se hubieran conservado restos de su antiguo valor y constancia. Porque arrancados de su senos sus Reyes, ocupado pérfidamente su suelo por las tropas de un tirano, y sin recursos para resistirle, se estremeció al verse caer aceleradamente hacia su sepulcro. Pero antes de estrellarse en él, oyó la voz de los que lo amaban, y conoció, que había llegado a este estado porque había olvidado sus leyes fundamentales, y no había cuidado de mantener en su vigor los pactos que hicieron sus mayores con aquellos a quienes confiaron la autoridad soberana, y que observados, no lo hubieran llevado tan a el borde del sepulcro; y despertando de su sueño, como el valiente que se despierta después de haber sido aletargado por el vino, levantó con una mano la espada para resistir a el que le oprimía, y escribió con la otra en un código las leyes fundamentales del Estado que yacían en el olvido, y dijo, levantándolo en alto: este es mi escudo y la salvaguardia de mi libertad: yo juro su observancia, y primero se seque mi mano derecha y mi lengua se pegue a mi paladar, que yo olvide mi juramento. Y haciéndolo en medio del ruido de las armas y del estruendo del cañón enemigo, daré a éste y al mundo entero una prueba de que soy libre: que no quiero ser esclavo; y escribiré sobre mi frente y la de mis hijos esta mi determinada y bien meditada resolución, para que el que intente anularla, sepa, que diez millones de hombres libres sabrán sostenerla con sus luces, y con su espada.

Así lo juró el pueblo español por sus Representantes en Marzo de 1812. Pero las cosas grandes sufren grandes oposiciones, y aún no estaban destruidas en su origen las causas de nuestra decadencia, que eran las que se oponían a este juramento y a la sanción de estas leyes. Más de seis años de agitación y convulsiones civiles han sido necesarios para acabar con aquéllas: y en Marzo de este año, un Rey ilustrado y convencido de lo que convenía a su pueblo, que le amaba, le dio el testimonio menos equívoco de su amor, jurando estas leyes, y reuniendo con cuanta celeridad pudo hacerlo a los Representantes de la Nación, para jurar solemnemente el código que las contiene, y trabajar de acuerdo con ellos en lo que debe formar su dicha, y la del pueblo. Así sucedió en el día 9 de este mes: día memorable, hecho glorioso, que formará época no sólo en nuestra historia, sino en la historia del mundo; que nos ha restablecido en nuestros derechos primitivos; nos ha reunido, y nos ha

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

estrechado con nuestro Rey, atándonos con lazos de amor, más fuertes y duraderos que los de las cadenas, que ligándonos antes, nos oprimían. Beneficio de el Todopoderoso, por el que tributamos las debidas gracias, seguros de que le son agradables y que protegerá nuestra causa, porque es justa y buena y tan antigua como la Monarquía; que olvidada, nos encontraron los males, y que restablecida, debemos esperar nos salgan a el encuentro los bienes. Concluí la primera parte. Manifesté que en lo que hemos ejecutado, no hemos hecho más que lo que debíamos hacer.

SEGUNDA PARTE

Persuadidos que hemos hecho una cosa justa y buena, jurando la Constitución, y sancionando las leyes fundamentales de la Monarquía; que no hemos violado los derechos de otro pueblo ni de los de el Príncipe, asegurando los nuestros; y que hemos dado a nuestra Santa Religión el testimonio más firme de nuestra adhesión a sus dogmas y sana moral, sentando por primera ley fundamental y apoyo de las otras, su profesión solemne y auténtica en tales términos, que no reconocemos por español a el que la desprecia o profesa otra; debemos levantar nuestras manos a Dios, y reconocer agradecidos, que nos ha hecho este bien. Porque él puso en el corazón de los españoles este pensamiento que sólo podía reunirlos para resistir a un tirano, remediar sus pérdidas, acabar sus males, y asegurarles su representación en el grande teatro del mundo. Hemos reedificado el muro que protege y defiende nuestra libertad civil; debemos, a ejemplo de Nehemías, convocar a los Levitas, Ministros del Señor, para celebrar la dedicación y festividad de esta gloriosa reparación, con acción de gracias y cánticos, y con címbalos, salterios y cítaras: es decir, con toda clase de instrumentos músicos que manifiesten nuestra alegría y nuestro júbilo.

Lleno de estos grandes y augustos sentimientos que inspira nuestra Santa Religión, el distinguido cuerpo militar, cuyo Titular y Patrono es el glorioso Apóstol de Cristo, Santiago, se reúne en este templo, y convida a el pueblo, para que uniendo a los suyos sus sentimientos religiosos, entone un himno de acción de gracias, y presente a el Señor la ofrenda de un corazón agradecido por la mediación poderosa de su ínclito titular, tan interesado en la felicidad del pueblo español, que cuando nuestros padres defendían su libertad, y sentaban las leyes fundamentales, que hoy hemos jurado nosotros, les ayudó y animó con su intercesión poderosa contra las huestes agarenas, arrojando sobre ellas el terror, el miedo y el espanto, a que siguió su fuga, su derrota y su expulsión de España.

Ni debía buscar el Regimiento de Santiago otro mediador que presentase a el Altísimo su acción de gracias, cierto por una serie de hechos, que su Titular le ha protegido en todo tiempo y en las circunstancias más peligrosas. Portugal, Cataluña, y Aragón lo vieron batirse con honor en la última campaña; y en los campos de Rosas, Castellón, de Ampurias, Alcañiz, Belchite, San Feliú, Reus, Tivisa, Llanos del Pla, Manresa y otros se distinguió por acciones brillantes, alcanzando ventajas sobre la esperanza de los hombres, y que con razón atribuyó a la protección de su Titular. Porque alguna vez sin coraza ni otra defensa que su espada, y arrojando la casaca para presentar desnudo el pecho a el enemigo, volvió cubierto de gloria. El nombre de Santiago era su señal para marchar a el combate, y este nombre le llenaba de valor, al mismo tiempo que parecía acobardar al enemigo: porque

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)

siempre fue ominoso para los enemigos de España el nombre de Santiago. Justo es, que cuando se trata de dar a Dios gracias por un beneficio común a toda España, se le presenten por esta mano tan decidida por la España. Pero esta mano, aunque tan decidida por la España y por el Regimiento que lleva su nombre, no presentará nuestra acción de gracias, si no es justa, santa y digna del nombre Español. Hemos jurado las leyes fundamentales de la Monarquía, que aseguran nuestro ser, nuestra existencia política, nuestros derechos, nuestras propiedades y los derechos y prerrogativas de el Soberano, que con la Nación la han sancionado para siempre. Por un bien tan general, nuestra acción de gracias debe ser grande, universal y efectiva, reconociendo el beneficio, y observando exactamente lo que hemos jurado: deponiendo ideas erradas, y formándolas justas de la libertad civil, de la Ley y de las grandes obligaciones que nos impone. De otra suerte, nada hacemos digno del nombre Español. Si juramos lo que no tenemos ánimo de cumplir, si celebramos una cosa que aborrecemos, y si nuestras acciones desmienten nuestras palabras, mentimos a la frente de Dios y de sus Altares. ¡Oh Dios, recibe nuestros votos, y confirma tu obra!, imprime en nuestros corazones sentimientos de paz y de concordia, para que así como no formamos más que un pueblo, no tengamos más que una voluntad, afianzada sobre el fundamento de la ley, y llena de amor por la Patria, por el Rey y por la Santa Religión, en que se apoyan nuestras instituciones, y nuestra Constitución. Amén.

Aficiones y devociones en el antiguo régimen
Hispania Sacra 50 (1998)